



CEU

*Universidad  
San Pablo*

**Facultad de Humanidades y  
Ciencias de la Comunicación**

**El vuelo del Alción.  
La Facultad de Humanidades y Ciencias  
de la Comunicación en la historia**

---

**José Francisco Serrano Oceja**  
**ExDecano Facultad de Humanidades y Ciencias de la Comunicación**  
**Profesor Titular acreditado**

Universidad CEU San Pablo  
Festividad de San Isidoro de Sevilla y  
San Francisco de Sales

Abril de 2016



CEU | *Ediciones*

**El vuelo del Alción.  
La Facultad de Humanidades y Ciencias  
de la Comunicación en la historia**

---

**José Francisco Serrano Oceja**  
ExDecano Facultad de Humanidades y Ciencias de la  
Comunicación (2006-2015)  
Profesor Titular acreditado  
Universidad CEU San Pablo

Festividad de San Isidoro de Sevilla y San Francisco de Sales  
Abril de 2016

**Facultad de Humanidades y  
Ciencias de la Comunicación  
Universidad CEU San Pablo**

**El vuelo del Alción. La Facultad de Humanidades y Ciencias de la Comunicación en la historia**

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

© 2016, José Francisco Serrano Oceja  
© 2016, Fundación Universitaria San Pablo CEU

CEU Ediciones  
Julián Romea 18, 28003 Madrid  
Teléfono: 91 514 05 73, fax: 91 514 04 30  
Correo electrónico: [ceuediciones@ceu.es](mailto:ceuediciones@ceu.es)  
[www.ceuediciones.es](http://www.ceuediciones.es)

Maquetación: Luzmar Estrada Seidel (CEU Ediciones)

Depósito legal: M-13321-2016

Aristóteles, en su *Ética a Nicómaco*, escribió que la “audacia es la característica del hombre esperanzado”.

Excmo. Y Magfco. Sr. Rector de la Universidad CEU San Pablo, Ilmos. Sres. Vicerrectores, Ilmo. Sr. Decano, Vicedecanas, Secretario Académico, queridos compañeros profesores, alumnos, personal de administración y servicios, amigos todos.

Quisiera, antes que nada, agradecer a nuestro decano, el profesor José María Legorburu, el haberme invitado a pronunciar esta *Lectio academica*. También quisiera, *quam primum*, dedicar esta intervención a dos personas que me han hecho entender qué significa formar parte de la Familia CEU, y que ya no están entre nosotros.

El primero de ellos, don Santiago Morgia. Los muros de este Colegio son testigos de nuestras conversaciones, de las confidencias que don Santiago tenía a bien hacerme en orden a que entendiera la siempre compleja dimensión institucional de toda realidad humana.

Recordadas ahora esas conversaciones, me evocan aquello que dijera el segundo Presidente de la Asociación Católica de Propagandistas, Fernando Martín-Sánchez, en marzo de 1937. Al término de unos Ejercicios Espirituales, ofreció unas primeras consideraciones. De entre ellas, resalto la que dice:

“Tengamos presente que los grandes constructores no han sido antes grandes destructores. Nada de arrasar hasta el solar para luego construir, que es teoría muy pueril. Aprovechemos el caudal inmenso de las generaciones anteriores. Raro es el hombre o la institución de los que no hay algo que aprovechar. Una labor negativa de crítica es sencilla; basta tener una palabra fácil, una pluma corriente; la hemos hecho todos. Lo contrario es lo fecundo; lo que dijo Cisneros al hebraísta de la Complutense que le anunció que iba a criticar una traducción: «No critiques, haz otra mejor»”.

La segunda persona a la que quiero tener presente en este momento es a nuestro querido Alejandro Muñoz-Alonso, catedrático de nuestra Facultad, que en el mes de abril de 2014 tuvo a bien aceptar mi invitación a pronunciar esta *lectio* con un precioso texto, en el que recordaba con estas palabras al que fue director del CEU, Dr. D. Rafael Pérez Álvarez-Osorio. Cito literalmente:

“A quien quiero rendir homenaje de mi recuerdo y afecto, que me pidió que aceptase el encargo de coordinador de la División de Periodismo que, en aquella estructura ya de Colegio Universitario, venía a desempeñar las funciones de una especie de decanato. Lo asumí con entusiasmo y dedicación, estrenamos el edificio de columnas y creo que hicimos una positiva tarea académica. Recluté a nuevos profesores –algunos de los actuales han escalado después a los más altos niveles de la jerarquía académica en esta Universidad–, modificamos en la medida de lo posible los planes de estudio, creamos nuevas asignaturas optativas para que los alumnos pudieran conocer el periodismo de tribunales, el científico, el político-parlamentario, el deportivo... Y creo que pusimos aquella División de Periodismo en disposición de convertirse en la Facultad que es hoy, cuando el colegio universitario se convirtió en Universidad privada, tras ser aprobada su creación por la Ley de Cortes”.

A nadie se le escapará que el título de esta *Lectio academica*, de estas palabras, que pretenden ser oferta y propuesta de reflexión conjunta, cooperativa, en este *Dies academicus*, según la tradición clásica que recordaba en sus memorias el gran universitario que fue Joseph Ratzinger, es glosa de lo que en su día escribiera el filósofo español Julián Marías.

Por cierto, el profesor Ratzinger, que decía que “el mundo universitario ha sido mi patria espiritual durante un largo período de mi vida”, contaba que, en su clase de la universidad de Bonn, el mejor momento era

“Cuando los alumnos dejan a un lado el bolígrafo y se ponen a escuchar. Mientras van tomando apuntes sobre lo que dices, es señal de que lo estás haciendo bien, pero no les has sorprendido. Cuando dejan de escribir y fijan en ti su mirada mientras hablas, entonces quiere decir que a lo mejor has logrado llegar a su corazón”.

Creo que también nos conviene traer a colación el testimonio del profesor, entonces alumno, Peter Kuhn, cuando decía de Ratzinger que:

“La mayor parte de los demás profesores, en comparación con él, daban la impresión de rigidez y anquilosamiento, de estar cerrados en sus esquemas, sobre todo en rela-

ción con nosotros. Él [Ratzinger] afrontaba todas las cuestiones sin temor. No tenía miedo a dar pasos adelante, mientras que otros docentes no salían nunca de una autocomplacencia servil”.

Cuando el hoy Benedicto XVI llegó a Tübinga, según el testimonio del filósofo, entonces alumno suyo, Josef Sayer,

“Hablabla y argumentaba de forma clara y fascinante, y todo lo que decía, tal como salía de sus labios, podía ser publicado sin necesidad de modificaciones ni correcciones. Era, ante todo, una persona afable y como profesor no tenía la actitud impaciente y antipática de muchos otros de sus compañeros”.

Permitidme que haga presente, en este introito, una referencia clásica sobre el ser del profesor universitario: la descripción del universitario que hizo un día el que fuera Decano de la Facultad de Letras de la Universidad Central, don Manuel García Morente, en la Universidad de Tucumán, el 6 de noviembre de 1937:

“El alma del buen profesor ha de estar amasada con una alquimia peculiar y rarísima: saber sólido y abundante, sustentado en una curiosidad espiritual inagotable; cultura verdadera, exacta y sintética, en todo lo que no sea de su especial incumbencia; cualidades morales de carácter, de bondad y de firmeza no exenta de tolerancia. El buen maestro debe además ser alegre y resuelto, rápido, pero certero en el juicio, tenaz y sólido en la ejecución, atractivo y simpático, justiciero y comprensivo, exigente y comedido; debe poseer autoridad natural, imponer respeto sin provocar temor, manifestar cariño sin caer en la blandura y no permitirse nunca llevar sus preferencias hasta la predilección. Pero por encima de este conjunto ya exquisito de virtudes, el maestro verdadero ofrenda a su función el más grave y profundo de los sacrificios: el sacrificio de sí mismo”.

Volvamos al sentido de esta *Lectio*: el vuelo del Alción. Es el Alción, o Alcedón, una de las más bellas aves acuáticas, de fuerte y agudo pico, cola corta, brillantes colores, verdiazul en lo alto, blanco y castaño en el pecho, Martín Pescador, se le dice, venerado en las islas del Pacífico, ave mítica y mitológica que dio nombre a los “días alciónicos”, los días en que los alciones hacen sus nidos sin que la tempestad arrebatase sus huevos, es decir, en los días sosegados de la naturaleza en paz.

En sus memorias, Julián Marías escribió que “el filósofo debe ser el que hace la calma, se sosiega a sí mismo y procede serenamente en medio de la tormenta; que en el fragor de cualquier hora busca un minuto alciónico”. Por cierto, en

1957 el filósofo español discípulo de Ortega escribió un precioso ensayo sobre las emociones, titulado *Ataraxia y alcionismo*.

Nótese además que el título de esta *Lectio*, desde esta imaginada, podríamos decir, cátedra de prima, reza “El vuelo del Alción. La Facultad de Humanidades y Ciencias de la Comunicación en la historia”. Apreciemos que no dice Historia de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Comunicación. ¿Por qué así?

La adecuada concepción de la vocación exige dos elementos integrantes: la *visio* y la *missio*, siendo la primera una cierta idea del todo y la segunda el apremio por materializar esta totalidad intuida en un objeto fijo, o en un acontecimiento, o en una circunstancia, con que prestarle orden y permanencia. La *visio* no se plasma en la *missio* sin la perspectiva biográfica, o autobiográfica. Podemos en nuestro tiempo cultural, universitario, enarbolar la bandera de la excelencia, de lo sublime. Vivimos en un momento en el que la mera mención de lo sublime, de lo que se sale de la medianía, suscita en no pocos ambientes un mohín de escepticismo, cuando no una palabra de sarcasmo. Solo los utópicos, o los enajenados de razón, se atreven a argumentar invocando la belleza. O quizá hayamos limitado la prueba de la excelencia a lo publicitario, a la imagen de venta, a la propuesta de marca.

El cinismo ambiente ha desterrado la excelencia y la ha limitado a la mera conjetura de lo grandioso. La presente etapa de la cultura, desertora del ideal, habría quedado inhabilitada por la nivelación que tira hacia abajo. ¿Existe *missio* sin *visio*? ¿Y adecuada *visio* sin *missio*?

La misión de la filosofía desde sus orígenes ha sido proponer un ideal. La gran filosofía es la ciencia del ideal: del ideal de conocimiento exacto de la realidad, de sociedad justa, de belleza, de individuo, de libertad. También de la comunicación como remedo para una mera comprensión de comunicación técnica. Si tenemos una *missio* respecto a la pedagogía de la comunicación es porque habitamos en una *visio*, en un ideal sobre la comunicación.

En lo que se refiere al ideal humano, un repaso histórico que comenzaría con Sócrates y Platón, y llegaría probablemente a Heidegger, al *dasein* originario o propio, nos recuerda que un ideal muestra una perfección que por la propia experiencia y excelencia de un deber ser hecho en él como evidente, ilumina la realidad individual, señala una dirección y moviliza unas fuerzas. La filosofía se asemeja a la ciencia en que sus instrumentos de trabajo son los conceptos. Los conceptos en las ciencias empíricas son verificados en los laboratorios, en los

experimentos. En cambio, nadie ha verificado ahí las proposiciones de Platón. ¿Dónde se verifican esas proposiciones? En la educación, en la *Paideia*, y de ahí esa verificación se hermana con la historia y con las expresiones de los conceptos a través de la historia. Por ejemplo, en la literatura. En la Universidad, por tanto, se verifican, como lugar privilegiado, las ideas, el valor de las ideas.

Esto significa que la verificación de la excelencia universitaria que confesamos como característica de nuestro trabajo se convierte, en sí misma, en la forma del ideal de enseñanza universitaria según el modelo histórico, biográfico, que nos propone nuestra institución.

La función retórica de la filosofía, comunicativa al fin y al cabo, ha sido echada al olvido en la época contemporánea. Los dos últimos libros de filosofía realmente influyentes, *Teoría de la justicia*, de Rawls, y *Teoría de la acción comunicativa*, de Habermas, son piezas áridas, técnicas, secas, y prolifas. Un genuino ideal aspira siempre a ser una oferta de sentido unitaria, intemporal, normativa. Ha de componer una síntesis feliz de muchos elementos heterogéneos y contrapuestos. El ideal no describe la realidad tal como es sino como debiera ser; señala un objetivo moral para los ciudadanos que reconocen en esa perfección, en la excelencia, más hermosa y noble, digna de emulación.

¿Cuál es el ideal, cuál ha sido en la historia de la enseñanza del periodismo y de la comunicación en nuestra Facultad? Recurramos por tanto a la razón histórica.

## Razón histórica

No pretendo, con esta *lectio*, hacer una historia de la Facultad. Pretendo hacer una reflexión sobre la Facultad en la historia, en la línea de lo que sustanciaron y sintetizaron Christopher Dawson y Alan Bullock en su polémica, consistente en que Bullock acusó a Dawson de no hacer historia sino metahistoria. Quienes pidan una historia para los 90 años de la Escuela de *El Debate*, tendrán en breve la del profesor Juan Cantavella, inédita hasta el presente, aunque tengo que confesar que yo he tenido acceso a una parte del original, como más adelante comprobaremos. Quienes la soliciten para los 40 del inicio de los títulos de Historia y Periodismo deberán no ser impacientes y reclamar la llegada de la perspectiva.

No me considero historiador académico, aunque mi ya lejana tesis doctoral fuera sobre historia de las empresas periodísticas católicas en la segunda mitad

del siglo XX. La respuesta de Dawson me sirve para justificar los derroteros de esta *lectio*:

“El historiador académico está en su derecho al insistir en la importancia de la técnica de la investigación y el criticismo histórico. Pero el dominio de esas técnicas no produce la gran historia, como tampoco la maestría de la métrica produce poesía excelente. Pues para ello se requiere algo más... la experiencia de los grandes historiadores, como Tocqueville y Ranke, me induce a pensar que en el fondo de su poder creador se ocultaba una facultad de visión metahistórica y universal”.

Conviene retornar al principio para entender el curso del tiempo. Entiendo que en el principio está, entre otros momentos, la conferencia pronunciada por Ángel Herrera Oria el 21 de abril de 1927, en Madrid, en el salón de actos de la Unión Iberoamericana. Permítaseme sintetizar las ideas fundamentales de este discurso respecto a la cuestión que nos ocupa:

Contexto: La Escuela histórica norteamericana está volcada en la práctica, especialmente en la elaboración de las noticias, “cosas definitivas, porque tienden, a que el periódico, antes que nada, sea un elemento de información de lo que pasa en el mundo”; y al anuncio, “que constituye una de sus grandes industrias”.

La Escuela Rusa está volcada en la Propaganda, en un sistema completo de interacción comunicativa. El resto de las naciones europeas siguen un desigual programa.

Primer presupuesto: Bachillerato clásico, basado en unas “Humanidades” que “despierten el interés por todas las cosas de la vida, las que hacen que los hombres quieran vivir con un sentido íntegramente humano”.

Después: un curso preparatorio en donde el cuerpo central sea la filosofía, “claridad de ideas”. Posteriormente dividiría los estudios superiores en tres ramas del saber: periodismo de ciencias sociales y políticas; periodismo de ciencias económicas; y periodismo de literatura y arte.

En paralelo propone un especial régimen de estudio de la Historia, en la medida en que “el periodista es el responsable de la veracidad y acierto en esta función –investigador y narrador crítico de todos los hechos que se suscitan en la vida diaria–, y que es necesario dotarle de aquellos elementos de juicio imprescindibles para poder comprender todo el alcance de su misión histórica contemporánea”. Aquí debemos recordar que el peculiar método Herreriano de

enseñar la historia arranca de la actualidad en búsqueda genética de las causas de la actualidad.

Nos encontramos, superada la etapa anterior, con la formación práctica en el conocimiento interno de la profesión –tipo americano–.

“Yo creo que en realidad todos estos estudios vendrán a refundirse en la universidad y podrán adquirir una verdadera autoridad en el mundo. De no hacerlo así, será una lamentable equivocación, porque equivaldrá a tanto como considerar la universidad como un edificio sin ventanas, que no tenga contacto alguno con el mundo exterior que le rodea”.

“Esta misión de patronato y de protección sobre otras clases exige que se forme en el periódico una verdadera aristocracia espiritual. En realidad esta idea es la que yo quiero que quede flotando en el ambiente”.

El 7 de septiembre de 1927, en la XIV Asamblea General de la ACdP, don Ángel habló sobre los Institutos de Periodismo de varias universidades alemanas. A los anteriores criterios debemos sumar los que ahora nos ofrece:

Viabilidad de los Institutos y de la Ciencia Periodística,

“Con un gran valor informativo y de orientación; servirán de medios de relaciones con universidades y con grandes periódicos; ofrecerán, no solo una biblioteca especializada, sino abundante material de periodismo, como, por ejemplo, colecciones de los periódicos más importantes del mundo, ordenados, clasificados... Y no es la parte menos interesante la dedicada a la historia del periodismo”.

“Entiendo que los propagandistas que sientan vocación al periodismo deben seguir con seria y benévola atención el curso de la nueva ciencia. En la vida social, el éxito de la acción está vinculado, generalmente, al que se anticipó en el mundo de las ideas. Los que llevan la dirección intelectual suelen abrir los nuevos cauces por donde han de correr más tarde la vida jurídica y social”.

“Importa, especialmente en la prensa, seguir al día el curso del pensamiento contemporáneo”.

Y, un buen consejo final:

“Al considerar los escasos frutos logrados aún en los institutos alemanes de periodismo, deducía yo cuán lento es el progreso humano, el proceso de organización y desarrollo de cualquier institución social. Ocupados nosotros en obras de organización social, no desaprovechemos nosotros esta lección”.

No hace muchas semanas conmemoramos el noventa aniversario de la Escuela de Periodismo de *El Debate*. Comenzó su andadura el 10 de marzo de 1926 y se cerró en el mes de junio de 1936. Fue un centro puntero en la formación de periodistas, cuando en España nadie, incluso no pocos de los miembros de la Asociación de la Prensa, apostaban por este modelo. Comenzó con un curso de tres meses y al cabo de un lustro se había transformado en una carrera de cinco años.

Sabemos que por aquella Escuela pasó lo más granado del mundo periodístico español de los años treinta, cuarenta y siguientes. Fueron profesores Francisco de Luis, Vicente Gállego, Nicolás González Ruiz, Manuel Graña, Fernando Martín-Sánchez, José Larraz (después ministro de Hacienda), y futuros obispos como Herrera (cardenal), Bueno Monreal (cardenal y arzobispo de Sevilla), García Goldaraz (arzobispo de Valladolid), Eugenio Beitia, de Santander o Máximo Yurramendi, de Ciudad Rodrigo.

Según el profesor Juan Cantavella, estudioso de la Escuela de *El Debate*:

“por la carrera larga y por los cursos intensivos pasaron unos 250 alumnos, pero pudo haber más, porque carecemos de archivos de la institución a los que recurrir (lo que respetaron los republicanos se lo ha comido la desidia y la mala fe). Cuando tan escasas mujeres se acercaban a los medios, hubo quince alumnas (entre ellas la religiosa e historiadora Cristina de Arteaga)”.

Antes de entrar y seguir describiendo los perfiles básicos de las dos instituciones históricas de formación del profesional de la comunicación, quisiera recordar lo que el profesor Luis Sánchez Agesta señalaba en la lección inaugural del año académico del León XIII, en 1968:

“Debo apresurarme a subrayar que la Universidad no se agota en la comprensión, transmisión, explicación o análisis de una información. Para todos los fines que pueden asignarse a la Universidad es mucho más importante la formación de una capacidad activa de los escolares como desarrollo de su capacidad humana, de su derecho a servirse de la inteligencia para conocer la verdad y para hacer fructificar ese saber recibido, bien como investigación científica, bien como práctica profesional, bien como ejercicio de un criterio, de un juicio, de unas dotes de observación, análisis y reflexión. Y esto, como es natural, no puede ser el fruto de conferencias teóricas, sino de una enseñanza viva en la clínica, en el laboratorio y en el seminario en que el alumno aprende a hacer y a enjuiciar por sí mismo”.

El primer cursillo de la Escuela de *El Debate* duró tres meses, de marzo a julio de 1926, y fue impartido por Manuel Graña. Asistieron veinte alumnos. En octubre de ese año, se iniciaron las clases del primer curso con las asignaturas de Redacción, Manuel Graña; Nicolás González Ruiz, Reportерismo; Francisco de Luis, Criteriología periodística; y Pedro Sánchez Céspedes, Tipografía.

No debemos olvidar el contexto de incomprensión en el que nacía esta experiencia; un contexto que llevó a decir a Francos Rodríguez aquello de que “el periodismo, en España, por lo menos, no se aprende”. Pedro Gómez Aparicio evoca así aquella primera clase de la Escuela de Periodismo de *El Debate*, en el caserón de la calle Colegiata, en la biblioteca de *El Debate*, según la tesis doctoral de Mercedes Gordon:

“Todo en aquella escuela era sencillo, íntimo, cordial y fascinante. Lo fueron las palabras con que, el 10 de marzo de 1926, don Ángel Herrera no solamente inauguró el cursillo, sino que descubrió un mundo de inquietudes y emociones nuevas a aquel grupo de ilusionados jóvenes. Lo que era el elemental mobiliario; una larga mesa con carpetas de papel secante; unas cuantas sillas, las indispensables para no permanecer en pie; unas estanterías abarrotadas de libros, y un paciente encerado que recibía sin protesta ostensible nuestros primeros ejercicios de redacción literaria y periodística. Y lo era don Manuel Graña...”

En el discurso de inauguración del último curso que estuvo como director, antes de dejar paso a Fernando Martín-Sánchez Juliá, en 1933, don Ángel dijo aquello de que:

“La restauración de España ha de ser, en gran parte, obra de los periodistas. Pocos servicios pueden hacerse a un país, como decía el fundador de la Escuela de Periodismo de Nueva York, como el de formar mejores periodistas, que hagan mejores periódicos, que sirvan mejor a su Patria. No tendremos gran Nación sin gran prensa. Dios quiera que esta obra sea realizada en España por la Escuela de Periodismo”.

La Escuela de periodismo de *El Debate* vivió diez años, hasta 1936, con cursos intensivos de nueve meses para graduados universitarios y, desde 1932, con un plan de cinco años para jóvenes de entre 14 y 17 años sin estudios acreditados. En 1936, siete alumnos de la Escuela eran directores de periódicos en España.

Del final de la Escuela de *El Debate* al nacimiento de la Escuela de la Iglesia se inicia en 1947, en la Universidad Internacional de Santander, unos Cursos de periodismo dirigidos por Fernando Martín-Sánchez Juliá, último director que fuera de la Escuela de *El Debate*. Se trata de unos cursos para captar profesionales

universitarios y atraerlos al ámbito del periodismo. También se iniciaron unos cursos de periodismo por correspondencia, destinados a los corresponsales de las publicaciones de la Acción Católica. Los dirigía Esteve Busquets Molas, director del Semanario *Tú*, de la HOAC.

En 1952 se imparte un “Curso de redacción periodística aplicada”, en el León XIII que tendrá continuidad con otro, el año siguiente, sobre “Redacción periodística, Problemas de Dirección y Reportero” a cargo de Nicolás González Ruiz, Aquilino Morcillo y Enrique Aguinaga.

Pasados diez años, don Ángel, siendo ya obispo de Málaga, redacta un memorial “Algunas ideas sobre la futura Escuela de Periodismo de la Iglesia”, bajo cuya inspiración se inaugura, en 1959, la Escuela de Periodismo de la Acción Católica de Valencia, gracias al apoyo del arzobispo Marcelino Olaechea. Su director fue Ángel Carrasco López, periodista de radio.

La Escuela de periodismo de la Iglesia nace en 1960, gracias al Decreto 1784/60, de 7 de septiembre de 1960, siendo ministro Gabriel Arias Salgado, en cuyo título se lee: “Escuela de Periodismo de la Iglesia. Régimen y Convalidación de estudios”. En Barcelona, se crea un centro adscrito a Madrid, desde 1964, bajo la dirección del sacerdote Juan Alemany. En la capital de España se instaura en la sede del León XIII. Según los cálculos de Antonio López Zuazo se graduaron 802 periodistas, si bien es cierto que Mercedes Gordon afirma que fueron 724 los que consiguieron el título oficial y la inscripción en el Registro Oficial de Periodismo.

Don Ángel escribió, a petición de la Comisión Episcopal de Prensa e Información, de la Conferencia Episcopal Española, una *Memoria para la creación de la Escuela de Periodismo*, en la que decía:

“Una Escuela de Periodismo no puede contentarse con ser una simple escuela técnica que enseñe a componer periódicos. La Escuela debe aspirar a ser una Facultad Universitaria, que prepare profesionalmente para el ejercicio de la profesión periodística”<sup>1</sup>.

La Escuela de Periodismo de la Iglesia formó a 714 periodistas y cerró sus puertas, aunque no era preceptivo, como consecuencia de la Ley General de Educación de 4 de agosto de 1970. Fueron sus directores los periodistas Nicolás González Ruiz, Fernando Martín Sánchez Juliá y Alejandro Fernández Pombo, además de los sacerdotes Ángel Herrera y Jesús Cunill. Como secretarios

---

<sup>1</sup> Informe sobre Universidad y escuela de Periodismo de la Iglesia, de noviembre de 1971, destinado a la Conferencia Episcopal, 1, 3, Madrid, Archivos de la E. P. I.

generales actuaron: Francisco Echamendi y Miguel Huguet. De 1960 a 1967 el plan de estudios se cursaba en tres años; en 1967 se añadió uno más.

Los principios de los métodos pedagógicos de las Escuelas Herrerianas fueron los siguientes:

Formación: cercanía a la profesión; formación filosófico-religiosa; inculcar conciencia de la responsabilidad del periodismo; interesar al alumno en los asuntos de la sociedad.

Prácticas profesionales: Aprendizaje en la redacción y en los talleres (*El Debate* y *Ya*); contacto continuo con buenos periodistas en ejercicio; intenso trabajo dirigido y sancionado; prácticas habituales.

Planes de estudio: Enseñanza preferencial por el periodismo clásico; varios planes de estudio.

Principios pedagógicos comunes: hacer trabajar a los alumnos como si ya estuvieran en la redacción del periódico; estimular el mayor nivel cultural posible del futuro periodista; concienciar de la trascendencia social y política de la profesión, que solo debe estar al servicio de la verdad y del bien común; interesar a los alumnos en todo lo que ocurra en la sociedad; inmersión continua en los grandes documentos pontificios.

Existían, además, una serie de peculiaridades en el método propio de la formación periodística Herreriana, que no debemos olvidar. La más importante fue la conferencia semanal, una cátedra de actualidad del presente, que servía de base para las prácticas de redacción periodística y para la enseñanza integradora y multidisciplinar. Se convertía en el tema de la semana sobre el que giraba la reflexión de muchas de las asignaturas; un peculiar modo de formar y conformar la ciencia y la conciencia de los alumnos. Además debemos tener en cuenta el valor de la tesina o trabajo final de carrera, en la EPI; de las prácticas en diarios de provincia o de los premios periodísticos González Ruiz.

Mercedes Gordon resume así el tipo de periodista que ha sido formado en las instituciones Herrerianas:

“Por razones históricas, en España el tipo de periodista salido de las aulas y de la redacción de la Escuela de *El Debate* era un profesional de la prensa, bien formado en los principios de la doctrina católica, con sólida cultura y con los conocimientos técnicos periodísticos propios de su tiempo (1926-1936). Aquellos periodistas cumplieron

una función histórica en el periodismo español. Una gran mayoría de ellos facilitaron la consolidación de la enseñanza del periodismo en España. Fueron los maestros de las sucesivas escuelas. Este mismo tipo de profesional con un bagaje de conocimientos técnicos básicamente ampliado a los nuevos medios de la Radio y de la Televisión, aunque sin especialización, y una cultura semi-universitaria, traspuso las puertas de la Escuela de Periodismo de la Iglesia”.

En el conjunto de las asignaturas de la Escuela de Periodismo de *El Debate* debemos resaltar el papel relevante que tiene la denominada Criteriología, concepto tomado del libro de Jaime Balmes *El Criterio*. Esta asignatura conforma la base del juicio crítico del profesional de la información, y puede dar lugar, en esta época, a una seria reflexión sobre la carencia de esta materia en nuestros planes de estudio y la posible viabilidad de nuevas asignaturas, que nazcan del desarrollo de un órgano de conocimiento informativo social a partir de la clásica división de la filosofía, y que nos ayude a desarrollar materias como Epistemología periodística y Estética de la comunicación.

Su contenido consistía en:

“Enseñar las normas generales para pensar bien y rectamente en todos los problemas que se presentan al espíritu del periodista, asentar sobre firmes bases su criterio doctrinal y moral y enseñarle a buscar siempre la verdad con la sinceridad y rectitud con que debe ser buscada, es el objeto de esta asignatura, el mismo que con relación a todo hombre medianamente culto se propuso en su célebre *Criterio* el inmortal Balmes. No se reducirá, por lo tanto, esta disciplina a los límites de la “crítica filosófica del conocimiento”, acepción estricta de la Criteriología como parte y preámbulo de la filosofía, sino que, previa una iniciación en los conceptos más fundamentales y necesarios de la Lógica y de la Filosofía en general, y en los problemas de verdad y certeza, fuentes y teorías del conocimiento, tratará de formar el criterio objetivo de los alumnos en los problemas humanos más importantes, los de orden religioso, ético y social y sus derivaciones, siempre vivas y trascendentales, a los demás órdenes de la vida. No se oculta la importancia de la Criteriología en la escuela de Periodismo para quien considere que la misión de la Prensa no ha de ser meramente informativa, sino también orientadora de la opinión pública en el enjuiciamiento de los hechos y educadora de sus ideales y sentimientos”.

Esta asignatura se introdujo en el plan de estudios de la Escuela en el primer curso regular (octubre de 1926). Cuando meses antes se anunció su inclusión, el tema fue llevado a un Círculo de Estudios de la Asociación Católica de Propagandistas y allí fue “muy discutida”, pero parece ser que “por fin prevaleció numéricamente la opinión de los que la estiman muy conveniente”. De esa

discusión se dedujo que “con ella se persigue que al menos los alumnos, futuros periodistas, se habitúen a valorizar las personas y las cosas que vayan formando la conciencia profesional” (*Boletín* nº 22, de 20 de junio de 1926, p. 4).

Llegamos ya a los tiempos presentes. En la *Breve historia de la Fundación Universitaria san Pablo y de la Universidad San Pablo CEU*, escrita por Abelardo Algorta Marco, fechada en diciembre de 1993, se recuerda la aspiración de la ACdP de contar con una Universidad. En 1969 el Colegio Universitario San Pablo adscrito a la Universidad Complutense pasó a ser centro adscrito, por decreto del 27 de marzo. En el curso 1969-1970, el CEU tenía matriculados 150 alumnos de filosofía. En sus inicios como Colegio Universitario, tal y como relata Martín Puerta, ofrecía los dos primeros cursos de Filosofía y Letras, además de un diploma en Relaciones Públicas y Marketing. A partir de la elección de don Rafael Alcalá-Santaella como Presidente del Patronato se potenciaron los estudios de Humanidades, Filosofía y Letras, Historia y Periodismo, y ya con la ley de 19 de abril de 1993, que reconoció a la Universidad CEU San Pablo, adquirieron carácter de oficialidad los de Periodismo. Se produjo un nuevo cambio de época en el que aún estamos inmersos.

## Razón vital

Aristóteles, en la *Ética a Nicómaco*, insistía:

“El principio de la acción –aquello de donde parte el movimiento, no el fin que persigue– es la elección, y el de la elección el deseo y la elección orientada a un fin. Por eso, sin entendimiento y reflexión, o sin disposición moral, no hay elección”. Más adelante añadía: “La elección es un deseo deliberado, el razonamiento tiene que ser verdadero, y el deseo recto, para que la elección sea buena”.

Razonable, según el buen decir de Guitton, es “el que somete la razón a la experiencia”. La experiencia es la vida; y la vida es experiencia. Somos conscientes del que nos encontramos en un cambio de época, como diría Gramsci, en un “Interregno”, y que “la Universidad española se encuentra actualmente en un momento convulso. El pragmatismo social, la cultura del bienestar y la rendición de cuentas están produciendo un cambio de rumbo en los últimos decenios”.

¿Qué hacer? ¿Nos quedamos con los brazos cruzados, a la espera de que la tecnocracia, mezclada con los siempre estables intereses de los más diversos estratos universitarios, imponga un modelo de convivencia entre afines y desafines?

Lo que se afirma del todo, se afirma de la parte en la medida en que la parte está en el todo. Por tanto lo que se afirme de la situación de la Universidad se puede y debe afirmar de la situación de nuestra Facultad o de otras Facultades. Nuestros retos son también comunes, además de los consabidos específicos.

En la naturaleza de la Universidad, *Universitas qua Universitas*, secundum historia, se encuentra el Scholé “*ocium, en latín*; ocio en español”, es decir, el ejercicio estructurado de la genuina práctica intelectual, contemplativa y reflexiva, y la Paideia, la formación integral de las virtudes intelectuales conjuntamente con el desarrollo de las virtudes morales, virtudes éticas y dianoéticas. Lo contrario es una institución de chatura intelectual y miopía moral. Ocio y Paideia son lo que mantiene viva el alma de la Universidad.

La práctica del ocio, Scholé, tiene como fin intrínseco la integración de las ciencias, la contemplación del todo, la búsqueda de la sabiduría. La práctica de la Paideia aspira a la formación humana integral, la formación de las virtudes intelectuales en su conjunto con un desarrollo de las virtudes morales. No hay Paideia sin ocio, y el verdadero ocio florece en la Paideia. Según santo Tomás de Aquino, desde el punto de vista de las virtudes, lo que relaciona la Paideia con el ocio es la prudencia. Tenemos aquí la virtud que integra las prácticas medulares de la Universidad en la vida concreta del estudiante, y en la del profesor.

Descubrir, como hace el profesor Honorato Grassi en uno de sus recientes estudios, que “el problema educativo ocupa un lugar central y decisivo en la fase de transición en la que ha entrado desde hace algunos años la sociedad occidental y que afecta, en diferente medida, al sistema occidental por entero; transición que, por otra parte, no sabemos a dónde nos llevará”, es un lugar común. Quizá para no olvidar lo que escribe un conocido economista, Marco Deaglio:

“En el centro de la economía global de mercado tiene que haber un corazón que no sea mercantil, en el que se esté más atento a la búsqueda de la verdad y de la belleza que a la utilidad, lo cual significa que en algún lado, en el corazón de la Universidad, resulta posible estudiar lo que se desea y enseñar como se desea, sin la amenaza de una evaluación miope de los costes y de los beneficios”.

Dado que un pequeño error en el principio es un gran error al final, no debemos atribuir esa dificultad a una carencia en las técnicas didácticas, los materiales de estudio o las estructuras académicas y limitarnos a buscar novedades en ese nivel de la formación universitaria. No son esos instrumentos, en sí mismos válidos y necesarios, como es lógico, los que pueden devolver a una propuesta educativa su interés para nuestros alumnos.

La respuesta, quizá siguiendo la estela de Kierkegaard, para un universitario siempre transita en lo que Guardini denominó “ironía de la búsqueda”; a fin de cuentas toda su vida había estado movida por la búsqueda de la verdad. El término “ironía” nos remite a la mayéutica que Sócrates usó como proceso de alumbramiento de la idea. La ironía sería el primer paso de un proceso de remisión. Así la “Ironía de la búsqueda” dejaba constancia de que la verdad es un *excessivum* y que los métodos de acceso a ella son limitados. Ante la limitación de los métodos, Guardini nos enseñó la necesidad de la visión integral, que busca ver el mundo desde el Todo (*Blick auf das Ganze*).

Ver la comunicación como un todo, no como una parcela emergente de nuestra sociedad; entender cada una de las formas o modulaciones de la comunicación como una parte de ese todo, en la perspectiva de la también búsqueda de la verdad, es lo que nos diferencia según la razón histórica y lo que potencia nuestra razón vital. Este contexto es nuestra principal reputación social en el mundo de la empresa de la comunicación, ante nuestros prescriptores. Lo que nos diferencia, y lo que tenemos que poner en valor, es la *visio* específica de nuestra Facultad en un momento en el que la fragmentación prima en el mapa de las ofertas en formación comunicativa.

Palpar un conformismo paralizador en la apasionante búsqueda de la verdad forma parte siempre de la decadencia que contagia la mente de los siempre denominados “mandarines”. Nunca como hoy ha dispuesto la educación de tantos medios y recursos y, sin embargo, nunca como hoy el descontento, en el mundo de la educación, ha sido mayor y tan generalizado.

En un libro precioso que Romano Guardini escribió, también, como descargo de algo más que su conciencia en tiempos de aridez de humanidad. Afirma el maestro de Múnich en sus *Apuntes para una autobiografía*:

“Nunca hubiera podido aceptar una tarea semejante, y no por presunción, sino más bien porque estaba firmemente convencido de que una actividad de docencia académica solo podía partir de una búsqueda de la verdad metódicamente clara. Ciertamente debía servir de ayuda a los oyentes, pero solo en virtud de la fuerza de la verdad buscada por sí misma”.

Si hemos recurrido a la historia, a la hora de pensar conjuntamente sobre la Facultad en la historia, es porque sentimos la necesidad de poner en valor el *Ethos*, nuestro *Ethos* específico. Benedicto XVI dijo en su visita a Estados Unidos:

“La misma dinámica de identidad comunitaria –¿a quién pertenezco?– vivifica el *ethos* de nuestras instituciones católicas. La identidad de una Universidad o de una Escuela católica no es simplemente una cuestión del número de los estudiantes católicos. Es una cuestión de convicción: ¿creemos realmente que solo en el misterio del Verbo encarnado se esclarece verdaderamente el misterio del hombre? ¿Estamos realmente dispuestos a confiar todo nuestro yo, inteligencia y voluntad, mente y corazón, a Dios?”.

Si queremos entender en qué consiste una filosofía cristiana de la educación, de las humanidades educadoras, la primera tarea es intentar precisar la idea cristiana de hombre.

¿Sobre qué elementos edificar el *Ethos*? La cuestión del temple, la cuestión del *Ethos*, es la cuestión de la respuesta que demos a una sencilla pregunta que fue el título del manuscrito, publicado póstumamente, de Romano Guardini: ¿Voluntad de poder o voluntad de verdad? ¿El proyecto de nuestra Facultad es fruto de la voluntad de poder o de la voluntad de verdad de todos y cada uno?

Escribía Romano Guardini:

“El núcleo de la antigua Universidad era la pregunta por la verdad. Pese a toda crítica, relativización, etc., ella constituía el núcleo último; la motivación última; la legitimación última. Hoy esta pregunta ha desaparecido en gran medida. Aquí reside la razón más profunda de la crisis de la Universidad (...) Se trata de la decisión de si la existencia humana, y la existencia universitaria, debe estar definitivamente dominada por la voluntad de poder o por la voluntad de verdad”.

Como ha escrito recientemente el profesor, y buen maestro y amigo, Alejandro Llano,

“Orientar la enseñanza universitaria hacia unas presuntas exigencias del mercado equivale a poner las tejas antes que los cimientos. Porque si algo caracteriza a la economía de libre oferta y demanda es, justamente, su carácter dinámico. El mercado del año 2010 ya no será el de hoy. De manera que el destino de los programadores de nuevas titulaciones [...] es el propio del que se apresura a correr tras un tren que está a punto de pararse en un andén de la estación, mientras que otro convoy se dispone a salir de una vía distinta. Es una lástima advertir que, no solo las carreras de humanidades, sino también las ciencias teóricas, están siendo abandonadas por los jóvenes estudiantes, a la par que en las titulaciones encaminadas a aplicaciones profesionales concretas, que no siempre ofrecen una formación intelectual armónica, se acumulan unos candidatos que cada vez tendrían más dificultades para encontrar un puesto de

trabajo. A la larga, el utilitarismo resulta muy poco práctico, porque se agota en rendimientos inmediatos y no abre perspectivas de largo recorrido”.

Tenemos, si queremos responder a la herencia del *ethos* de nuestra historia, una obligación de naturaleza desde la *Universitas*: la pregunta que Alfred North Whitehead hizo en la Universidad de Harvard para celebrar su 75 aniversario: “¿Qué hay sobre todo esto?”. La comunidad de conocimiento que somos parte de un supuesto: nuestro trabajo académico destinado a la conformación de un criterio de conocimiento que debemos saber transmitir a nuestros alumnos.

El prestigioso filósofo y psiquiatra alemán, Karl Jaspers, comenzó la primera de las conferencias que después darían lugar a su libro *La idea de la Universidad* con las siguientes palabras:

“El futuro de nuestras universidades, –nosotros podríamos decir de nuestra Facultad– con tal de que se les conceda una oportunidad, pasa por la renovación de su espíritu originario. Durante años se ha producido el aniquilamiento moral de la universidad. Ahora es el momento en que docentes y estudiantes se vean impelidos a reflexionar sobre su modo de obrar. Nosotros por nuestra parte, cuando todo se tambalea, deseamos saber dónde estamos y qué queremos”.

El Interregno lo es también, y especialmente, de la comunicación por su propia naturaleza, y de sus formas modulares. En días pasados asistimos a la fascinante declaración de principios del director del diario *El País* Antonio Caño, el jueves 3 de marzo, en la que se levantaba acta de defunción de una forma de concebir el periodismo y la producción periodística, además de determinados soportes. También pudimos leer la respuesta que el Consejero Delegado de Vocento, Luis Enríquez, ofrecía el domingo 13 de marzo en la Tercera de *ABC* al descargo de conciencia de Caño.

Por cierto, el manifiesto de Caño se publicó el día en que visitó nuestra Facultad Jeff Jarvis, que en su libro *El fin de los medios de comunicación de masas ¿Cómo serán las noticias del futuro?* nos recuerda que en CUNY, su decano fundador Steve Shepard “hace hincapié en que debemos enseñar las verdades eternas del periodismo, incluyendo el rigor, la justicia y la integridad”, y añadió yo en el contexto de la plenitud de las narrativas transmedia.

En la última página de ese libro Jarvis plantea explícitamente el reto que hoy en día afronta toda Facultad de Periodismo, diríamos también de Comunicación: ¿Cómo enseñar a cambiar? ¿Cómo enseñar suficientes técnicas para que los estudiantes salgan de ella con la competencia adecuada sin que ello les robe un

tiempo vital en la enseñanza de las técnicas y verdades básicas del periodismo; ¿Cómo mantener la vanguardia del cambio en el ámbito mientras preparamos a nuestros estudiantes para los trabajos que existen hoy? Y añade Jarvis “No es fácil. Pero no hay mejor momento para convertirse en periodista”.

No tengo recetas, acaso experiencia razonada. Pienso con Aristóteles en su *Ética a Nicómaco* que “es agradable, del presente, la actividad; del futuro, la esperanza; del pasado el recuerdo; y lo más agradable y amable el fruto de la actividad. Pero además, la obra del que ha actuado bien permanece largamente, pero la utilidad del beneficio recibido pasa; y el recuerdo de las buenas acciones es agradable, pero el de lo útil es poca cosa e inferior”.

Quizá la clave sea la invitación del Papa Francisco a que salgamos a las periferias de la comunicación, que siempre son las de las Humanidades, y que examinemos con frecuencia las tentaciones de auto-referencialidad.

Me gustaría que, como entonan los caballeros del Grial en la ópera de Wagner, cuando Parsifal entra con paso solemne en el recinto donde se oculta el cáliz, digamos que “aquí el tiempo se convierte en espacio”. Y así podremos recordar, con Thomas Mann, lo que él escribió el 31 de enero de 1922: “Detrás de nosotros quedan días difíciles, pero hemos vencido los obstáculos y ahora haremos mejor en avanzar juntos, si tú sientes lo mismo que yo”.

José Francisco Serrano Oceja  
Universidad CEU San Pablo  
Domingo de Pascua de Resurrección de 2016

**José Francisco Serrano Oceja.** Profesor Titular Acreditado y de la Universidad CEU San Pablo. Licenciado en Ciencias de la Información con Premio extraordinario Fin de Carrera. Doctor en Ciencias de la Comunicación, estudió además Filosofía, Teología y Derecho Canónico en las Universidades Pontificia de Salamanca y Universidad Eclesiástica de San Dámaso. Ha sido Decano de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Comunicación de la Universidad CEU San Pablo durante nueve cursos. Profesor de varios Postgrados oficiales. Profesor Invitado en la Pontificia Católica Universidad de Puerto Rico. Autor de más de un centenar de publicaciones.

Inició su currículo profesional en Radio Santander, de la Cadena SER, después trabajó en el Programa español de Radio Vaticana. Ha sido Redactor jefe del Seminario Alfa y Omega, editorialista de la Cadena COPE, columnista del “ABC”, colaborador de varios medios, entre otros, “Alfa y Omega”, Radio Internacional, El confidencial digital, Canal 13.